

SUR DE EUROPA/NORTE DE AFRICA: ESPAÑA Y MARRUECOS

Leonor Merino
Universidad Autónoma de Madrid

Lo exótico, el cliché

Adolfo Reyes, escritor malagueño (1890-1968), nos ha recordado lo que hace siglos se sentenció: *si África llora, España no se ríe*. Contundente y puntual cita –en la que África asume obviamente la representatividad de lo árabe– que reafirma el estrecho vínculo de nuestras colectivas existencias históricas y culturales.

En efecto, el Estrecho de Gibraltar –paso marítimo al que el general Tariq dio su nombre y que no supera en su parte más ancha quince kilómetros y que nos obliga a convivir dentro de un mismo área geofísico y geopolítico–, es una puerta abierta por la Naturaleza *para poner en comunicación las dos habitaciones de una misma casa*¹, que no puede separar a dos pueblos que han convivido, amado y luchado, puesto que cada uno de ellos transporta en su flujo sanguíneo parte del otro.

El sur de España, Al-Andalus, y el norte de África, Marruecos, están bañados por el Atlántico y el Mediterráneo, donde triunfa el sonido y el color, nebulosa de acordados murmullos, suprema orquestación con el metal del Océano y el mar de las sirenas, donde se diría que gentes y objetos se susurran la llegada de un nuevo amanecer. Y a Marruecos², donde seguramente empieza lo *oriental* para el occidental, se le ensueña y entrevé como consecuencia de una necesidad de evasión más que de búsqueda comprometida.

En efecto, Marruecos es una de esas naciones que entra en la categoría de lo tópico, del cliché, de lo mágico y por ello quizá de lo inasequible y desconocido. Situada en un sur mucho más imaginario que real, parece abrirse, para el espíritu *occidental* procedente del *norte*, como el umbral de la aventura africana, árabe o islámica.

[1] J. Costa, *Intereses de España en Marruecos*, CSIC, Madrid, 1951, p. 12.

[2] Denominado al-Magrib en lengua árabe significa “el Occidente”.

Visiones mutuas

Si se analizara la civilización de la Península Ibérica de hace siglos, encontraríamos en nuestra circulación sanguínea y en nuestra sensibilidad histórica y literaria un tejido de procedencia árabe y marroquí. Aunque es cierto que los árabes salieron de al-Andalus, sin embargo no lo hicieron de su historia. Nuestra química se ha mezclado en obras poéticas, en las moaxajas, y hemos sido, igualmente, interlocutores en la religión y vecinos en los cementerios. Rom Landau, escritor anglosajón, al hablar de Averroes, la Giralda y el sistema hidráulico dentro de la cultura de la España musulmana, no la consideró fruto de los conquistadores árabes, ya que el número de éstos era limitado, sino más bien obra de los Moros, sinónimo, para dicho autor, de hispanomarroquíes.

Se podrían distinguir algunas etapas históricas de esa relación mutua. Al principio de la historia, nuestras dos regiones geográficas participaron de un patrimonio exterior impuesto por otras civilizaciones: fenicios, griegos, romanos, construyeron sobre nuestros suelos su propia historia. Época del despertar de la relación hispano-marroquí, sin aspectos destacables excepto esos cimientos comunes de ambas culturas. Una segunda etapa unifica lo anterior bajo el esplendor de la civilización árabe e islámica. Huellas profundas dejaron estrechos contactos de aquel periodo entre una y otra orilla. Lo magrebí pasó a ser parte integrante de lo hispano –el impacto artístico almohade en diversas regiones españolas– así como lo andalusí, a su vez patrimonio marroquí. Buen ejemplo de ello es la arquitectura en Tetuán, Chauen o Fez fundadas por musulmanes españoles. En esas ciudades así como en Rabat y en Salé viven en la actualidad numerosas familias que se enorgullecen de su apellido español, y que también se encuentran en los campos y cábilas entre Tánger y Alhucemas. La constante española en la vida marroquí quedó reflejada también en el empleo de nuestra lengua, la única extranjera que llegaron a dominar algunos de aquellos sultanes marroquíes. Igualmente, la primera moneda marroquí acuñada en el extranjero fue en España y la primera marcha real marroquí fue española. En el campo de lo anecdótico, hubo un sultán, educado en su juventud en España y aficionado a los toros, que, al probar suerte con la capa, murió en el intento.

Desde nuestra orilla, Córdoba no podrá olvidar el vigor de Abderramán el Victorioso, ni Almería la grandeza de Ibn Hazm y el ímpetu de Lisan Al-Din Ibn Al-Jatib, ni Sevilla la gloria y la poética de Almotamid, como tampoco olvidará Murcia la espiritualidad de Ibn Arabi, ni Málaga a Ibn Beithar, a quien Menéndez Pelayo llamó el *Dioscórides* español.

La grandeza de ambos pueblos quedó plasmada en los diferentes monumentos de la majestuosa civilización hispano-árabe, en la magna ciencia de los Abderramanes,

en la romántica y fastuosa Medina Zahara, en la poética Sevilla de los Banu Abbad y en la trágica Granada de los Banu Nasr: último bastión de nuestra común historia. Ahí están para testimoniarlo la evocación de Granada y de Boabdil en la poesía de Zorrilla; la Granada grávida que ensueña hoy el hispanista argelino Abdallah Hammadi o el lamento de al-Jattabi, *sueño perdido en el tiempo*.

La evocación del general Tariq y de *la palmera expatriada de Oriente* también se encuentra en los poemas de cualquier árabe que poetiza sobre al-Andalus y que recuerda actualmente el sudanés al-Tayyib Salih, en metáfora erótica-cultural, como aquella *penetración* de los antiguos árabes en el preciado terreno fértil: *con la sed del sur diseminada por los desfiladeros del norte* (P. Mtnéz. Montávez).

Perlas lloradas

Aún en nuestros días el escritor árabe recrea este recuerdo como ejemplo de grandeza y prestigio nacional, parangón incomparable, y entonces brotará una visión exultante. Contrariamente, puede surgir tristeza y vergüenza también nacional por dicha pérdida, encontrando en ello culpabilidad y crítica a instintos nacionales soterrados³ debido a lo cual aparecerá una visión de consternación y dolor como en tres grandes literatos exiliados de al-Andalus: Ibn al-Abbar, polígrafo y poeta valenciano que vio su ciudad sitiada y fue enviado a Túnez a pedir ayuda al emir, Abu Zakariya, ante quien recitó la famosa casida, traducida al castellano por Juan Valera: *Abierto está el camino. A tus guerreros guía, ¡oh de los oprimidos constante valedor! ¡Auxilio te demanda la bella Andalucía; la libertad espera de tu heroico valor...*

La voz del poeta Ibn Said, de Alcalá la Real, llora la nostalgia de su tierra, y la poesía andalusí, hasta los años cuarenta de aquel s. XIII, está representada en su obra. Al-Qartayanni, el de Cartagena, cuya célebre *qasida maqsura* es uno de los más importantes monumentos que subsisten de la poesía arábigoandaluza de ese siglo (E. García Gómez). Y en el último reino andalusí, transcurrió la vida del gran escritor Abu l-Baqa de Ronda que lamenta ese reino perdido: *¡Preguntad a Valencia lo que le sucedió a Murcia! ¡¿Dónde están Játiva y Jaén?! ¡¿Dónde está Córdoba, sede de las ciencias/de la que el mundo se enorgullecía?! ¡¿Dónde está Sevilla y los placeres que*

[3] Dice el intelectual Fadel Al Ach-Hab: *Los árabes somos un pueblo afectivo y sentimental y, por ello, excesivamente impresionable y de rápida disolución [...] Sin embargo, ¡oh pena!, lo que nos alarma y angustia apagado ese flamante ardor, es esa chispa de enajenado chovinismo que sopla, cual arrasador torbellino [...] todas nuestras artificiales diferencias (muchas veces convertidas no solamente en vanas y dialécticas rencillas y bizantinas discusiones, sino en virulentos y fratricidas conflictos armados) no son más que el producto de esa maldita chispa, en Literatura marroquí en lengua castellana, Magalia, Madrid, 1996, p. 204.*

contenia/su dulce río, desbordante y caudaloso?/Eran capitales columnas del país/¿Qué pueden quedar si faltan las columnas? (M^a Jesús Rubiera). En el mismo tenor se expresa actualmente el intelectual Husayn Munis a la contemplación de la Alhambra y ante tanta pérdida: *Dios ha hecho que permanezca para que cada uno de nosotros se diga a sí mismo: si estos son los restos del naufragio, ¿cómo sería el navío?*. El también contemporáneo Jalil Tribak, marroquí, entona en una poesía popular y rítmica: *Ocho quilos de oro/Fueron perdidos por nada,/cantaron orquesta y coro,/Aquellos quienes los hallaron en Granada./[...]Lo que ocurrió, jamás será olvidado./Ni de nuestra mente sería borrado/Seguimos aún recordando y rumiando dolores/Por la pérdida de la Alhambra, y el Patio de los leones./Más por la Giralda, y por el Alcázar de Toledo,/Nuestro corazón por ellos aún sigue herido.*

Aire, voz, música y sabor familiar

Historia compartida que pertenece tanto al pasado hispano-árabe-islámico como a la memoria colectiva hispano-árabe-islámica, por lo que desde hace siglos ha sido y seguirá siendo motivo de inspiración artística y literaria que incluso puede superar el tópico. También en la literatura contemporánea magrebi de lengua francesa, en el escritor Rachid Boudjedra, con *Maarakat al-zuqaq* o *La Prise de Gibraltar*, se encuentran aunados, en la memoria de un adolescente, el Estrecho del año 711 y la ciudad de Constantina de 1955; igualmente en *Naissance à l'aube* de Driss Chraïbi, se exalta la epopeya que contribuyó al reconocimiento de la cultura del Magreb y de al-Andalus. Es decir, que nuestro común patrimonio nacional fue testigo de ese singular cruce con lo árabe-islámico que alcanzó sello y categoría incomparables⁴. Luego por ser materia de común herencia, produce tanto en unos como en otros similares sentimientos. Ricardo Molina, poeta cordobés, evoca *esa melancolía/ese codiciar eterno/el goce cuya esencia/es durar un instante.*

El andaluz de las estampas costumbrista es, como el árabe, una figura equestre —afirmará Adolfo Reyes— *como lo es el narcisismo andaluz, el cuidado del detalle: las flores, el manto de la Virgen, los alamares de un torero* —rimará Manuel Barrios—. Esto sucede porque, *entre nosotros, hay un cierto aire de familia*, declaró y sintió, al escuchar *Noches en los jardines de España* de Manuel de Falla, el poeta sirio Sulayman al-Isa: *Una vieja moaxaja/en tus himnos, suave, me canta/y se prolonga/Porque eres algo mío./Somos de la familia.* También la música de tradición andalusí se encontrará en nuestro patrimonio como lo estará por parte del mundo árabe, especialmente en el

[4] Al mismo tiempo que el Islam árabe llega a la Península Ibérica, a comienzos del siglo VIII, está alcanzando también las tierras del Indo, Turkestán y Caucaso; asimismo se extiende hacia el este y norte de Asia.

Magreb: castizo patrimonio musical mantenido hasta hoy con profundo esmero y afecto. Igualmente el ensanche de la conciencia religiosa durante la Edad Media, es inseparable de la espiritualidad islámica en Alfonso el Sabio, Gonzalo de Berceo o el Arcipreste de Hita, quien muy familiarizado con la vida islámica tiende un puente humorístico entre sensualidad y moralidad (Américo Castro).

Periodo en el que la lengua árabe influyó tanto en la formación de esas comunidades, por lo que encontramos en nuestra lengua numerosas palabras –las más sonoras– de origen árabe y que empleamos en agricultura, botánica, arquitectura, medicina, y en nuestra organización militar y gremial.

A pesar de ese riquísimo legado, sucedió, no obstante, una etapa de letargo de las relaciones hispano-marroquíes. Los moriscos exiliados –historia de largo y contenido sufrimiento– fueron el canal por el que se mantuvo vivo el patrimonio común. *Secreta máquina de llanto*, dirá el poeta F. Quiñones, por boca del morisco andaluz expulsado. La diáspora de esos reductos hispánicos moriscos decidieron conservar el gran recuerdo de España en tierras mogrebíes. Las costumbres, la cocina y la terminología gremial están bañadas de hispanismos, y su lengua la aljamía como su literatura la aljamiada es lengua española en caracteres árabes. Pero es aquí ya el periodo de incomprensión y de desconocimiento que continúa vigente.

Recelos y atavismos históricos

Nuestra época contemporánea ha visto sumarse a todo lo anterior la consolidación de grandes prejuicios en nuestras imágenes recíprocas, tal vez más arraigados en el solar hispano.

Para la conciencia occidental, parece ser que Oriente tomó cuerpo como alteridad sistemática a partir del Renacimiento. El s. XVI habría supuesto la génesis de la separación. Distancia-miento progresivo hasta el espíritu colonialista del s. XIX en el que consumada la agresión (a mayor fricción, mayor ruptura), Oriente quedó configurado como espacio mítico para la hazaña. Sólo Marruecos es el país árabe que mantiene su independencia nacional a lo largo de toda la historia moderna. Pero ahí está la guerra de África –denominada por los españoles– o guerra de Tetuán –para los marroquíes– como fuente de producción literaria y motivo de tópicos coplas populares que, en general improvisadas, glorificaban la guerra en Marruecos con el intento de despertar el fervor de la gente. El escritor Martín de la Escalera la definió *como el auge de la divinización del romanticismo español*. Pedro Antonio de Alarcón, andaluz de Guadix, fue *testigo* presencial de dicha epopeya, y se hizo eco, en su *Diario*, de un nostálgico sentimiento que oscila entre el éxtasis y la repulsa. También Gaspar

Núñez de Arce recogió con el fruto de su idiosincrasia castellana, sus *Recuerdos* de aquella campaña de África. Pero sin duda fue la musa popular y callejera la más fecunda, pues no hubo en Sevilla ciego con guitarrilla ni moza de servicio que... no cantase a voz en grito aquello de: *Al pie de Sierra Bullones/una morita lloraba*⁵.

En la etapa colonial no hay que olvidar la actitud de la mayoría de los intelectuales españoles contra la guerra del Rif: Unamuno, Azaña, Pérez Galdós o Fernando de los Ríos.

Campana humana

De la misma manera, la realidad árabe o islámica y en especial la imagen de la ciudad *oriental* alcanzó gran difusión en las literaturas occidentales en el puente de los siglos XIX-XX. Entre nuestros escritores, decía Pío Baroja un dos de enero de 1903, de ese primer destino de una ciudad próxima, en este caso puente de civilización y culturas: *Para un español, el cambio de Andalucía a Tánger apenas podría notarse si los hombres de esta tierra no llevaran sus ropajes árabes y no hablaran árabe. El aspecto de la población es casi idéntico al de una población agrícola española*⁶. Pero las connotaciones más fuertes se encontrarán dentro de ese "orientalismo literario", que venía manifestándose desde el Romanticismo; y dentro de esos tópicos literarios destaca, especialmente, el canto del almuédano o muecín, en su llamada a la oración a la luz del crepúsculo desde el alminar. En ese sentido y en su fascinación por lo árabe, hay que destacar al nicaragüense Rubén Darío, en su obra *Tierras solares* (1904): *Esta campana humana que llama a la oración y que recuerda a las razas más creyentes del orbe la omnipotencia del Dios poderoso, es de lo más impresionante intelectualmente que se puede todavía encontrar bajo la faz de la tierra, de la tierra árida de destrucciones mentales, seca de vientos de filosofía*⁷. Nuestro valenciano Vicente Blasco Ibáñez recogió, igualmente, sus andanzas turcas por Constantinopla, hoy Estambul: *En los balconcitos circulares de los minaretes, hombres liliputienses, con turbante blanco, agitaban los brazos, acompañando estos movimientos con las modulaciones de un chillido sobrehumano... ¡La llah il Allah ve mohammed resoul Allah!, cantaban con melancolía religiosa, en el misterio del crepúsculo*⁸.

[5] M. Chaves, *Sevilla en la guerra de África*, Imprenta de El Mercantil, Sevilla, 1910, p. 17.

[6] *Ensayos*, Apud. *Obras Completas*, t. VIII, Aguilar, Madrid, 1954, p. 812.

[7] Cf.: A. Djbilou (selec. e introd.), *Tánger; Puerta de África*, CantArabia, Madrid, 1989, p. 69.

[8] Cf.: P. Martínez Montávez, *Pensando en la historia de los árabes*, CantArabia, Madrid, 1995, p. 207.

También el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo describió con acusada emoción la llamada a la oración del alba por la *alondra del profeta: sube, sube, vuela, puebla de notas el aire y se mantiene así largo tiempo... ¡Cuánto daría yo por comprender las palabras interminables que se abren, y se estiran, y se estremecen, en los labios del almuédano*⁹.

Ejemplos que sirven para ver a España como eslabón entre el Islam y la Cristiandad, y su influencia decisiva como puente no sólo hacia Europa sino igualmente hacia latinoamérica.

Lo español y lo marroquí entretejido

Canta el poeta Manuel Machado: *Soy como las gentes que a mi tierra vinieron/ –soy de la raza mora vieja amiga del sol–/que todo lo ganaron y todo lo perdieron./ Tengo el alma de nardo de árabe español*. Luego vemos que el interés y las relaciones de nuestros escritores contemporáneos con los autores marroquíes –al margen y a pesar de cualquier institución– han sido siempre notables. Así, entre otros, Pérez Galdós, Sender, Lorca, Aleixandre, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Giménez Caballero, Díaz Fernández, Hierro, Gala, Goytisolo. Insignes son nuestros investigadores que formaron escuelas: Asín Palacios, García Gómez, Menéndez Pidal, Vernet, Vives... Por lo tanto debería ser imperdonable, y acreditaría un enorme vacío cultural por nuestra parte, desconocer a la actual *literatura marroquí en lengua castellana*, cuya creación poética, ensayística o novelesca no son “traducciones” sino palabras enriquecidas por una doble expresión histórica, síntesis de dos pueblos que, distantes en muchos aspectos, sienten en otros una cercanía que es poco menos que armonía e intimidad. Este escritor marroquí –sin desasirse de su raíz– narra en nuestra lengua un paisaje que, en parte, le pertenece, parcela de sus antepasados y arrullo materno de los españoles de ayer y de hoy. Escritores e intelectuales, como Abdul-latif Jatib, que también han dado a conocer al pueblo árabe a Benavente, Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, Hierro... Y que nos dan a conocer en nuestra lengua –como Muhammad Amrani– relatos marroquíes contemporáneos.

En correspondencia a esa tarjeta de amor que tiene el aroma de otro, nuestros intelectuales y escritores nos han escrito sobre los creadores marroquíes (unos traducidos a nuestra lengua y otros que la conocen): narradores como Muhammad Shukri, Muhammad Zafzaf, Janata Bennúna o Mubarak Rabí, poetas como Muhammad

[9] *Jerusalén y la Tierra Santa*, Renacimiento, Madrid, 1923, pp. 117-118.

Bannís, Ahmad al-Mayati o Muhammad al-Sabbag, hombres de teatro como al-Tayyeb, al-Siddiqi o al-Habib, y pensadores como Muhammad Abid al-Yabri.

Y los escritores marroquíes de lengua francesa, debido a la otra "protección" política, también han sido traducidos a nuestra lengua como el mencionado Driss Chraïbi, Ben Jelloun, El Maleh, Khaïr-Eddine, Khatibi, Laâbi, Sefrioui y Serhane.

Conclusión

Nuestras relaciones comunes aquí expuestas en el campo de la historia, el arte, la lengua y la literatura, tanto en términos de pasado como de presente, hablan de la urgencia en la revisión de nuestro pasado común compartido auténticamente hispano-árabe-islámico, y no como algo esencialmente árabe-islámico transplantado a tierras ibéricas. En consecuencia, sólo por el camino, adarve, del conocimiento llegaremos a un sincero respeto y acercamiento mutuos. Ni la historia medieval puede entenderse sin un conocimiento, desde sus propias bases, del conjunto de disciplinas arábigo-islámicas, ni la historia moderna española en toda su dimensión mediterránea es auténticamente inteligible sin la adecuada atención a ese mundo que es también nuestro.

Bibliografía

- BAROJA, Pío (1954) *Ensayos. Apud. Obras Completas*, t. VIII. Madrid: Aguilar.
- BARRIOS, Manuel (1980) *Cartas del pueblo andaluz*. Barcelona: Plaza y Janés.
- CASTRO, Américo (1983) *España en su Historia. Cristianos, moros y judíos*. Barcelona: Crítica.
- CHAKOR, Mohammed y MACÍAS, Sergio (1996) *Literatura marroquí en lengua castellana* (selec. e introd.). Madrid: Magalia.
- CHAVES, Manuel (1910) *Sevilla en la guerra de África*. Sevilla: Imprenta de El Mercantil.
- COSTA, Joaquín (1951) *Intereses de España en Marruecos*. Madrid: CSIC.
- Literatura y Pensamiento Marroquíes Contemporáneos* (Introducción Abderrahmán CHERIF-CHERGUI), Instituto Hispano-Árabe de Cultura y Facultad de Letras de Rabat. Serie "Antologías Nacionales", III, Madrid, 1981.
- MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro (1994) *Pensando en la historia de los árabes*. Madrid: CantArabia.

MIRADAS DESDE LA OTRA ORILLA. Una visión de España (Antología de textos literarios marroquíes actuales). Selección, traducción, prólogo y notas, Abdellah DJBILOU, Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Madrid, 1992.

TÁNGER, PUERTA DE ÁFRICA (Antología de textos literarios hispánicos 1860-1960). Selección e Introducción, Abdellah DJBILOU. Prólogo, Pedro, MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Madrid CantArabia, 1989.